

Él ni siquiera conocía a ese tal **Hitler** del que hablaba su padre antes de partir al frente para no volver. Fritz vivía con su madre en medio del bosque. La mujer había reservado los mejores víveres para la cena de aquella Navidad de 1944. A punto de empezar a dar cuenta del estofado, unos golpes sobresaltaron a madre e hijo. Alguien llamaba tímidamente a la puerta de los Vincken.

-¿Americanos? -preguntó su madre a los dos chicos exhaustos y al borde de la hipotermia que estaban en el umbral.

Hasta Fritz sabía que en la Alemania nazi ayudar al enemigo se pagaba con la propia vida. Pero negarles el paso supondría la muerte para **Ralp Blak** y **Jim Herby**, que así se llamaban, “y también tenían madre, hijos, esposa... Ojalá alguien se hubiera apiadado de papá”, le dijo su madre mientras ayudaba a los jóvenes soldados a calentarse y les servía un plato de comida.

No habría pasado ni media hora cuando de nuevo aporreaban, esta vez con más fuerza, la puerta. Una patrulla alemana. Posiblemente, venían siguiendo el rastro de sangre sobre la nieve.

-¿Quién está dentro? -inquirió el sargento.

-Dos americanos malheridos.

El militar hizo ademán de entrar. La mujer le cerró el paso.

-Hoy es Navidad, los que están dentro podrían ser mis hijos, y vosotros también. Están cansados y hambrientos, igual que vosotros. Así que entrad y sentaos a la mesa.

Fritz Vincken fue testigo del tenso encuentro entre americanos y alemanes. Tras las reticencias iniciales, el ambiente se relajó. Los hombres empezaron a hablar, más con gestos que con palabras. Uno de los alemanes, estudiante de medicina, curó la herida de Jim. La señora Vincken narró su historia. Un bombardeo había destruido su hogar en Aquisgrán, y ahora vivían de prestado en una cabaña de cazadores. Después de la cena entonaron villancicos. Por un momento, Fritz sintió que esos chicos eran parte de su familia. Todos se olvidaron de que estaban en guerra. **Aquella noche fueron humanos antes que soldados.**

Con las primeras luces del alba, el pequeño Fritz presencié cómo los alemanes le entregaban una brújula a los que, hasta ayer, eran sus enemigos. Aquel regalo y las indicaciones del sargento permitieron que Ralp y Jim alcanzaran sus líneas en el frente y sobrevivieran a la II Guerra Mundial.

Lo que nos une

Publicado: Jueves, 09 Febrero 2017 01:01

Escrito por José Iribas / Enrique Sánchez Rivas

Mucho después, en 1997, Fritz Vincken se reencontró con los dos americanos en una residencia de ancianos de Honolulu. Fue muy emotivo. Todos coincidieron en valorar aquella Navidad del año 44 como una de las mejores de sus vidas. Sintieron no saber nada de sus “hermanos” de la patrulla alemana.

Fritz Vincken aprendió de aquellas personas una lección que marcaría el resto de su vida. **Por mucho que las circunstancias nos separen, y en aquella época separaban; las personas estamos vinculadas por nuestra condición humana. Lo que nos une, siempre, es mucho más de lo que nos separa, pero puede resultar difícil verlo.** Aquellos jóvenes soldados tuvieron que mirar más allá de sus uniformes. **Antoine de Saint-Exupéry**, que también luchó en esa guerra, llegó a la misma conclusión y la recogió de forma magistral en [su obra cumbre](#). Esta es la enseñanza que el zorro transmite al principito:

“He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”.

Enrique Sánchez Rivas, en dametresminutos.wordpress.com.